

nos en el horizonte de los pueblos nuevos, como el ideal entrevisto y seguido por Jesucristo mismo, ¡ah! lo conocemos, lo conocemos demasiado; esa religion no es ya el culto y la adoracion de Dios, es el culto y la adoracion del hombre, del hombre sin religion y sin Dios, ó mas bien del hombre convertido en su propia religion y su propio Dios. ¡Atrás esa autolatría sacrílega bajo el nombre dos veces mentiroso de *religion libre!* ¡Ah! La religion que necesitamos es la religion social, la religion que une á todos los hombres entre sí uniéndolos á Dios; la religion que hace del género humano la gran familia humana; la religion que postra á todos los hermanos ligados por los mismos vínculos en presencia del padre, y repitiendo con un acuerdo y un regocijo unánimes la verdadera oracion de la religion social enseñada por Jesucristo: ¡Padre Nuestro, *Pater Noster!* . . .

III.

Dos cosas son desde ahora perfectamente evidentes: la religion del progreso debe ser viviente y organizada; debe vivir y obrar espontaneamente, y debe estar organizada y constituida socialmente. Pero del mismo modo que hay una condicion para la vida religiosa, la organizacion y la forma social, hay tambien una condicion absoluta de toda organizacion viviente y de toda constitucion social; esta condicion, sin la cual las dos precedentes no se llevarán á cabo, ó no se conservarán, es la unidad, ó, si quereis, la potencia y la fuerza unitaria.

Cual es aquí la necesidad suprema de la unidad, es una cosa que no es difícil entender; y una de las dificultades de mi palabra, para llenar aquí sus funciones y manifestar la verdad, es casi el hallarse frente á una evidencia que parece revelarse á todos sin el intermedio de una palabra. La unidad religiosa la reclaman tambien á la vez la naturaleza, la religion, y el siglo.

La necesidad de la unidad, Señores, está escrita en caracteres vivientes en toda la creacion; brilla con su natural

irradiacion en toda organizacion destinada á las funciones de una vida; y á hablar aquí rigurosamente con el génio naturalista, lo que constituye la esencia de una organizacion es la misma unidad. Quitad la convergencia, el concierto de las fuerzas múltiples que concurren á un mismo fin, la conservacion ó el aumento de la vida; en otros términos, suprimid la unidad en el seno de la multiplicidad, y ya no hay organizacion. La organizacion es la unidad viviente irradiando en la multiplicidad viviente.

Si la unidad se proclama por sí sola y por su propio esplendor, como la ley general de las organizaciones de todo el mundo viviente, no proclama con menor fuerza su necesidad absoluta en toda organizacion social, y en particular en la que está destinada á las funciones de la vida religiosa. Abrazad con una mirada todas las demás formas de asociacion: sociedad política, sociedad industrial, sociedad comercial, sociedad económica, sociedad literaria, sociedad de beneficencia, de trabajo, de produccion ó de propaganda; ¿hay acaso una sola que para asegurarse con la vida de hoy la vida de mañana, no pida á una unidad cualquiera un punto de convergencia, una concentracion de fuerzas, y con entrambos un principio de orden, de poder, de conservacion y de fecundidad? Poco importa que esta unidad venga á personificarse en un hombre ó en muchos. Si son muchos, hay una unidad que los conserva en un mismo haz bajo el imperio de una misma ley; de grado ó fuerza es menester que ella exista, ó que la asociacion perezca en el desorden, la division, la esterilidad y luego la ruina. Y sobre estas ruinas acumuladas por la caida de la unidad, la verdad grita con el Evangelio este oráculo eterno: Todo reino dividido en sí mismo será entregado á la desolacion, y en él se desplomarán edificios sobre edificios *omne regnum in seipsum divisum desolabitur.* ¡Ay de las religiones que no llevan en la frente esa señal de la unidad, condicion de su organizacion y de su vitalidad; ellas tienen en esta palabra la infalible profecía de su ruina y de su muerte mas ó menos cercana!

¡Ah! Es que en efecto, si la unidad es la ley soberana de toda organizacion y de toda asociacion, aun de un orden inferior, lo es de un modo bien diverso cuando se trata de la sociedad religiosa, la esfera mas elevada, en que las vidas humanas vienen á unirse para marchar juntas en fraternal armonía al fin supremo de la vida. Tal es, en efecto, la vocacion sublime de la religion sobre la tierra; y hé aquí lo que nos demuestra la necesidad absoluta de su unidad. Aun desterrada de todas partes, la unidad debería todavía encontrarse ahí, en la sociedad de las almas que están en camino para buscar y hallar el infinito. Ella es la única sobre la tierra que tiene por fin supremo el punto central adonde todo debe dirigirse. Divididos en todo lo demás, ahí nos unimos los unos á los otros uniéndonos todos á Dios. La política nos divide, la ciencia nos divide, el comercio nos divide, la industria nos divide, aun nuestras asociaciones humanas, en mil puntos, nos dividen y nos subdividen; porque en todo, el pensamiento individual, la opinion individual, el interés individual pueden separarnos y fraccionarnos hasta el infinito. Pero, en la sociedad religiosa, ¿porqué esas divisiones? ¿Porqué fraccionamientos, cismas, separaciones? Aquí no podemos correr tras de fines múltiples y diversos, sino tras un fin único, un fin idéntico, el supremo y último fin. Aquí la convergencia de todas las vidas en el centro de una misma vida, es la ley radical de la asociacion; es la obligacion absoluta de todos y de cada uno; sí, gravitar todos juntos, como un mundo de planetas en derredor de su sol, hácia el gran centro del infinito, adonde la religion, como una madre, quiere llevar á todos sus hijos á los esplendores y goces de una misma patria; hé aquí nuestro grande ideal de la sociedad religiosa.

Así tambien, yo comprendo porqué Jesucristo, el señor y la vida de la gran religion del género humano, ha dejado escapar de su alma esta sublime invocacion de la unidad religiosa: "Padre mio, que sean consumados en la unidad, y no sean todos sino una cosa, como tú y yo so-

mos una cosa ut sint consummati in unum". ¡Ah! ¡La unidad, la unidad en el reino de las almas; tan necesaria, tan radiosa y tan bella la ha encontrado el Fundador di vino de la mas magnífica sociedad de las almas, que el la ha llamado del seno mismo del Padre, de donde desciende toda unidad perfecta, para hacer de la sociedad que creaba sobre la tierra la mas completa imagen de la eterna sociedad del cielo!

Y este grito invocador de la unidad religiosa, salido del corazon de Cristo, centro viviente de la religion por excelencia, ¡ah! ¿no oís como sale del fondo de las almas contristadas con el espectáculo de la division?... Paso en silencio las aspiraciones y las ambiciones unitarias de la humanidad extinguida. Pero, ¿puedo dejar aquí de llamaros la atencion, como una señal de la época, hácia esos llamamientos á la unidad que resuenan de un cabo al otro del mundo, y de que todas las voces de la publicidad se envían unas á otras el eco universal? No hablo tan solo de la santa Iglesia católica y romana, que da al asombrado mundo el espectáculo de su incomparable unidad, y hace resonar por todas partes su inimitable armonía. Fuera de este gran reino de la unidad religiosa, del fondo mismo del imperio de la division, ¿no oís salir el universal llamamiento á la unidad de la sociedad de las almas?... ¿No se diría que hay como un inmenso movimiento hácia la unidad que atraviesa hoy aun las regiones de la heregía y el cisma, esos dos reinos de la division? ¿No creeriais que hay un soplo de Dios, que á la hora de esta, remueve cual á esqueletos en sus sepulcros, á esas religiones que han perdido la vida perdiendo la unidad? ¿Y no oís cual si fuera una voz misteriosa que grita á esas religiones disecadas y muertas: *Ossa arida*, osamentas áridas, religiones cadáveres, salid de vuestros sepulcros y volved á la vida respirando el aire puro de la unidad?

De qué manera esos hijos, heridos por la division, quieren encontrar la armonía y la fuerza de la unidad, no es este el momento de decirlo; lo que doy á conocer, como

un hecho de inmensa magnitud en el mundo religioso de nuestra época, es esa necesidad de salir de todas las Babilonias del cisma y de la division, para encontrar, en la Jerusalem de la verdad plena, el verdadero templo de la unidad.

¿Qué digo? No es únicamente el mundo religioso el que se agita en estas aspiraciones unitarias; tambien el mundo político y social corre tras este ideal. Frente al imperio de la fuerza que crece en derredor de ellas, y parece que amenaza devorarlas; frente á esos dos pueblos gigantes que se levantan delante de ellas, el uno á la diestra, y el otro á la siniestra; el uno apoyado en el antiguo mundo, el otro en el nuevo, las naciones de Europa se espantan, y no sin razon, á la vista de su aislamiento y de sus divisiones; y esta palabra, "la confederacion de los pueblos europeos, la república una é indivisible de las naciones cristianas," levantándose como un solo hombre con todo el poder de la unidad, hace mas de cincuenta años que resuena en el fondo de la política y de la diplomacia, y deja oír tambien, desde el fondo del alma popular, juntamente con su sordo retumbo, el ruido precursor de una vasta transformacion. Y aquellos mismos que, así en política como en religion, no pueden hacer otra cosa que dividir, porque son lo que divide esencialmente, el error, el error puro, el error absoluto, hasta ellos, con una flagrante contradiccion, pero con una aspiracion mas fuerte que todo error, sueñan en el reinado de la negacion total la quimera de la unidad, ó digamos mejor, del *unitarismo universal*.

Sí, quimera, pero quimera generosa que atestigua la necesidad de encontrar esa unidad en pos de la cual se corre siempre sin jamás alcanzarla. ¡Ah! Los hombres y los pueblos se agitan en vano por correr, á través de sus divisiones perpetuamente renacientes, tras el fantasma siempre fugitivo de la verdadera unidad: nada pueden contra la fuerza de las cosas. Para que la unidad irradie en la superficie de la humanidad, es menester que esté en el fondo, y el fondo es la religion; y la unidad religiosa con-

tinúa siendo, á pesar de todos los sistemas contradictorios y todas las afirmaciones contrarias, la condicion primera y el sostén necesario de cualquiera otra unidad. Fuera de ahí, hay unidades facticias, no unidades reales: los hombres y los pueblos no sintiéndose nunca menos unidos que cuando se sienten separados y divididos en su fondo.

Es menester, pues, volver á erigir toda la pirámide de las unidades secundarias, sobre la base profunda de la unidad fundamental, es decir, sobre el inmovible granito de la unidad religiosa.

Aquí, Señores, yo mando á mi pensamiento que no os muestre mas que estas primeras líneas del edificio. Hubiera querido deciros las verdaderas condiciones de la unidad misma; y la habriais visto, apoyada en sus tres compañeras inseparables y unidas entre sí por un vínculo necesario, la autoridad, la soberanía y la infalibilidad. Si Dios quiere, volveremos á tratar este asunto. Aquí no puedo hacer otra cosa que mirar con vosotros, y saludar de paso, esa gran maravilla del mundo religioso, y exclamar, á la vista de ese espectáculo que encanta aun de lejos: ¡Oh unidad! ¡Yo te saludo, unidad religiosa y divina! ¡Tú eres la brillante señal de la verdadera religion; y el sueño de nuestra vida pasagera es tocar tu sagrado pavimento y reposar en la armonía y el gozo de tu templo!

IV.

Así es, Señores, que hasta aquí, si no me hago ilusion, todo se eslabona y se encadena en la religion que buscamos: para dar la vida al género humano, es menester que ella sea viviente; para que viva es menester que esté organizada; y para que su organizacion subsista y se sostenga, es menester que sea una.

Despues de la unidad, y juntamente con la unidad, ¿se requiere aun alguna otra cosa? Sí, Señores. Se requiere lo que la hace visible y accesible á todos; se requiere ese fenómeno que ella produce por sí sola desplegándose en la

duracion, en el espacio y en la humanidad; necesita la señal brillante de la *universalidad*.

La universalidad, en efecto, no es mas que la unidad que se despliega; es su expansion en la esfera que invade y en el imperio que se forma. La universalidad es á la vez el producto espontáneo y el signo revelador de la verdadera unidad. Mientras mas cosas se hacen *una*, mas crece la unidad, y mas se le reconoce en esta señal auténtica. A medida que la unidad religiosa se apodera de mas almas en la humanidad, de mas lugares en el espacio y de mas puntos en la duracion, mas crece su irradiacion en esta triple esfera; mas se forma la *catolicidad*, y mas resplandece el brillo de la unidad en lo universal. La *catolicidad* ó la *universalidad* es, pues, el complemento necesario y la manifestacion pública de la unidad. Estas dos cosas están remachadas la una á la otra, como dos eslabones de una cadena. Y si no es necesario que la universalidad absoluta aparezca en la religion como un hecho consumado, es preciso á lo menos que la pasion de conquistarla conmueva siempre y en todas partes el corazon de esa unidad, ambiciosa de invadirlo todo; le es indispensable, al par que una universalidad relativa ya conquistada, la indefectible tendencia y la insaciable aspiracion á la universalidad absoluta.

La universalidad, Señores, ha sido el sueño de todos los grandes conquistadores. Nada les parecia mas sencillo que el que su espada fuese á tocar con su punta todas las fronteras del mundo, y que toda alma encerrada dentro sus fronteras viniese á besar de rodillas la punta de su cetro universal. Filósofos y legisladores se han forjado sueños análogos para las doctrinas que enseñaban y las leyes que fundaban. Pero por todas partes esas ambiciones de los conquistadores de la espada, de la palabra y de la ley, se han estrellado contra una barrera impasable, la barrera del imposible.

Es que en efecto, nada de lo que solo emana del hombre y no toca sino á la tierra tiene derecho á la universalidad. Lo

universal debe descender del cielo; lo universal pertenece á lo divino; es un reflejo del infinito en la esfera de lo finito; y, como tal, es el atributo propio de la religion que viene del cielo y de Dios. Para esta hija del cielo, que tiene aun en la tierra un destino tan alto, lo universal no es una usurpacion, es un derecho; no es una loca ambicion que se estrella ciegamente en las impasables barreras que le opone la realidad; es una ambicion despertada en su seno por un soplo de Dios; es un ímpetu natural hácia su verdadero destino, destino ante el cual debe retroceder toda frontera, y toda barrera caer desmoronada; el destino de ir á buscar las almas adondequiera que el espacio y el tiempo llevan almas, para hacerlas volver todas juntas del lado del infinito que ella busca y que tiene la mision de dar á todos. La religion, en su esencia, no es otra cosa; es la mision de unir las almas á Dios, y de llevarlas mas allá de todas las fronteras del espacio, mas allá de todas las barreras del tiempo, mas allá de todas las murallas que separan á los hombres de los hombres, á la verdadera patria de las almas, al seno viviente del infinito.

Esto supuesto, bien veis cómo y en qué sentido la religion ha de ser universal: ella encierra en su unidad indefinidamente extensible tres universalidades que no hacen mas que una. El grande arbol de la vida divina plantado sobre la tierra para cubrir con su sombra y nutrir con sus frutos á la humanidad progresista, se extiende en tres magníficos ramales; con el primero va á tocar todos los grados de la humanidad; con el segundo todas las profundidades del espacio, y con el tercero todos los puntos de la duracion. Cubre todos los lugares, todos los siglos, y en todos los lugares y en todos los siglos, á todas las generaciones vivientes. Nada mas, pero tambien nada menos: toda la extension, todas las almas. Toda religion que aspira á menos que estos tres imperios del universal, demuestra por este mismo hecho que no es la verdadera religion. La religion divina quiere invenciblemente estas tres cosas que le pertenecen: todas las almas, todos los espacios, todos los siglos.